

mara, en donde con la confianza de un antiguo amigo ponía á nuestra disposicion sus libros y sus instrumentos, nos enseñaba los retratos de su familia ausente, y nos obsequiaba con sus excelentes tabacos de Manila, con un vaso de *Champagne frappé*, y mas que todo con su amena conversacion.

No solo nosotros, sino todos los demas pasajeros le cobraron tambien un verdadero afecto. La antevíspera de nuestro arribo al Japon se leyó á la hora de la mesa una manifestacion, suscrita por todos, en la que se le daban las gracias por su fino comportamiento. El capitán contestó conmovido, y se sirvió hacer especial mencion de su agrado por tener á bordo á la Comision Mexicana, la que lo honraba, dijo, con haber atravesado el Oceano en su vapor para llevar al Asia el contingente de la ciencia de América.

La víspera de nuestra llegada á Yokohama, esto es, el 7 de Noviembre segun nuestra cuenta no interrumpida, y el 8 conforme á la alteracion de fechas á que antes hice referencia, tuvo el capitán Rice una nueva ocasion de desplegar toda su actividad y su pericia para dirigir su embarcacion. Desde la noche anterior habia comenzado á arreciar el viento del Norte; el dia amaneció muy nublado, haciendo imposible la práctica de toda observacion para determinar la posicion del buque en el desierto Oceano; y la mar estaba imponente por el efecto combinado del furioso temporal con las corrientes naturales del Pacífico en aquellas regiones.

La lluvia caía á torrentes desde muy temprano, y las enormes olas levantadas por la tormenta barrían el puente inundándolo todo. Las bombas no eran bastantes para sacar el agua que embarcaba el «Vasco,» y el ruido que producía corriendo sobre la cubierta de un extremo á otro, como una impetuosa cascada, impelida por las terribles oscilaciones del barco, venía á aumentar de tal modo el estruendo de la tempestad, que aun hablando á gritos era imposible hacerse oír.

El capitán, sin embargo, dirigía personalmente las maniobras, dando con su silbato las voces de mando. Cubierto de piés á cabeza con su impermeable traje de hule, insensible en la apariencia á la accion del frío, del viento y de la lluvia, cuyas heladas gotas azotaban su cara con indecible furia, se mantuvo todo el dia y casi toda la noche siguiente sobre cubierta, ya de pié, ya recorriendo el vapor de extremo á extremo, y haciendo para ello prodigios de equilibrio. Con el temor, sin duda, de que

se repitiese el *tai-fun*, cuyos recuerdos tenia tan presentes, observaba con inquietud las variaciones del viento cuyas violentísimas ráfagas cambiaban á veces bruscamente de direccion, é incesantemente daba las órdenes para que se ejecutasen las maniobras adecuadas á las circunstancias de cada momento.

Cuando me atrevia yo á abrir por algunos instantes la puerta del salon á fin de sacar la cabeza para ver lo que pasaba en el exterior, ó cuando al través de las vidrieras observaba á aquel hombre de hierro en cuyo saber y experiencia confiaba tan gran número de personas allí reunidas, creía tener delante de mis ojos la imágen viva de la ciencia protegiendo á la humanidad. Esa confianza de la multitud en la inteligencia de una persona, confianza que nos induce á entrar sin vacilacion en una frágil barca para atravesar los mares, aunque no seamos capaces de manejarla por nosotros mismos; á beber sin titubear una sustancia venenosa por el simple hecho de que nos la prescribe nuestro médico, aunque no comprendamos cuál es el efecto que intenta producir; á entregar nuestras propiedades y las de nuestros hijos á la pericia del geómetra que debe fraccionarlas y distribuirlas, aunque no tengamos la menor idea del modo con que mide las distancias y determina su contenido; todos esos actos constituyen una fé, pero una fé racional, la fé de la ciencia. Ninguna presion nos obliga á aceptarla, y sin embargo la admitimos espontáneamente, porque tenemos la conciencia de poder adquirir á nuestra vez los mismos conocimientos, y porque si bien de pronto no los comprendemos quizá, sí concebimos que nada tienen de sobrenatural y que por tanto están al alcance de la inteligencia humana.

¿Por qué, pues, esta misma fé no guía todos nuestros pasos? ¿Por qué dejamos de aceptarla precisamente en aquellos casos en que se trata tal vez de hechos ó de fenómenos mucho mas complejos, y para cuya concepcion somos acaso, por lo mismo, mucho menos competentes? En el terreno de la política, por ejemplo, en la ciencia del gobierno, la mas difícil de todas y la que en consecuencia demanda conocimientos mas variados, mayor suma de saber y de experiencia, allí todos nos creemos iguales; y generalmente sin los datos necesarios para formar una opinion, nos constituimos, sin embargo, en severos jueces de los actos de una administracion. Nuestra irracional apostasía de la fé instintiva en la ciencia, tiene ya forjadas para ese caso sus leyes inflexibles, y conforme á ellas formula su proceso y pronuncia

su sentencia. Y ninguno de los que así fallan se atreveria, sin embargo, á encargarse de dirigir un barco sin ser marino, ni á formular una receta sin ser médico, ni á fraccionar un campo sin ser geómetra, no obstante que estos problemas son comparativamente mucho menos complexos que los que de continuo tiene que resolver el gobernante.

En los siglos futuros conquistará la ciencia sin duda alguna el lugar prominente que en todo y para todo le corresponde. Si hasta hoy el mas absurdo empirismo ha establecido sucesivamente por únicas condiciones para elevarse al rango de legislador, ya la nobleza de nacimiento, ya la gloria militar, ya el monto del capital, ya la elocuencia y otras cualidades mas ó menos heterogéneas, pero que son las que mas impresionan á las masas ignorantes, las sociedades venideras, mas cultas, establecerán el saber por base principal de aquellas elevadas funciones. "Hasta en los conflictos de la fuerza bruta," ha dicho Mr. Gambetta al discurrir sobre las causas que determinaron la derrota de su patria en la guerra franco-prusiana, "siempre se decide la victoria en favor de la mas inteligente."

.....
A la caída de la tarde comenzó á declinar el Norte, y aunque la lluvia no cesaba sino por intervalos, la mar principió á reducir sus olas. Hacia las once de la noche esperábamos ver el faro del cabo Kii en las costas orientales de las islas japonesas; de suerte que á pesar del frio, del viento y de la lluvia salimos algunos pasajeros á esperar la aparición de la luz. El vapor navegaba con cautela por temor de la proximidad de la tierra, y porque la niebla no permitiria acaso percibir el faro sino ya á muy corta distancia de la costa. Como á la media noche lo vimos por fin entre las brumas del horizonte, y fué saludado con un ¡hurrah! general. Estábamos en el Asia.

Poco tiempo despues el mar casi tranquilo al abrigo de las costas en el canal de Uraga, nos proporcionó un sueño reparador; y antes de amanecer echaba el «Vasco» sus anclas en la bahía de Yokohama á cosa de 250 metros de los muelles de la ciudad.

VII

La ciudad de Yokohama. Visita al superintendente de las Aduanas. Primeros preparativos. Las fiestas de Otoño. Aspecto del pueblo japonés. Breves reflexiones sobre la conveniencia de establecer en México colonias japonesas de preferencia á las chinas.

NO bien se detuvo el vapor, cuando el ruido de la maniobra y aun la misma quietud de la embarcacion, á cuyos violentos balances y cabeceos estábamos ya acostumbrados, nos hizo salir de nuestro tranquilo sueño. Aunque todavía reinaba profunda oscuridad, el deseo de aspirar las emanaciones de la tierra y la ardiente curiosidad de conocer en su país á los pobladores del Japon, me quitó el sueño como por encanto, y me incorporé en el lecho con el fin de examinar, siquiera al través de la porta ó ventila de mi cámara, á los tripulantes de los botes japoneses que rodeaban al «Vasco,» y cuya presencia se denunciaba ya por un vago rumor de conversacion en lengua extraña, ya por esa especie de chasquido que producen las olas mansas al mecer una pequeña embarcacion.

Las nubes habian desaparecido casi por completo, y á la escasa claridad de las estrellas solo pude ver por lo pronto como sombras á los asiáticos de los botes, con sus trajes talaes y sin mas tocado que un pañuelo anudado en la parte inferior de la cara, el cual á manera de venda, les defendia la parte superior de la cabeza, las mejillas y las orejas contra el frio, bastante vivo, de la mañana.

A lo largo de la costa se extendia por los muelles y las calles que miran al mar, hasta donde alcanzaba la vista hacia el Norte, una dilatada línea de luces bastante intensas, y que desde luego me dieron á conocer el muy buen alumbrado de gas con que cuenta la ciudad japonesa. A mayor distancia y á cierta altura sobre el mar, se distinguian las negras masas de las colinas que rodean á Yokohama por la parte de tierra, limitando el horizonte las montañas lejanas sobre las que descuella el